

Kipleruncio

Gisela Burunat

Quizás hayas oído hablar de Kipleruncio en alguna ocasión, no lo dudo, porque ¿quién no conoce a Kipleruncio a estas alturas? Preguntar si has oído hablar de él es tan ridículo como dudar de la supremacía del chocolate sobre el resto de los sabores del mundo entero. Cómo descuidar a Kipleruncio, personaje tal que con sus aventuras y desventuras conmovió a tantísimos individuos que, en sus momentos de soledad más absoluta, se dedicaron a pensar en él, a soñarlo, a inventarlo como principal protagonista de las vidas que ellos soñaban para sí mismos. Kipleruncio, pues, existe realmente; Kipleruncio es, en suma, ese *alter ego* que cada uno llevamos dentro. Yo sólo le he puesto un nombre. ¿Que por qué un nombre aparentemente masculino? Pues porque, de haberlo bautizado con un nombre femenino, te preguntarías por qué del mismo modo... Dejemos estas sandeces para pasar a la historia que relaciona a este pequeño chucho sin raza con Kipleruncio, el colectivamente genuino Kipleruncio.

Cuando Kipleruncio comenzó a tomar sus primeras formas en el mundo consciente nadie se cuestionó que debiera tener una imagen determinada; cada cual le imaginaba con sus propios rostros, con sus mismos gestos. Pensar en él era como mirarse a un favorecedor espejo que elevaba la estima al instante. Durante mucho tiempo no hubo problema con Kipleruncio; él siempre satisfacía, e incluso a veces permitía que descargaran en él la rabia acumulada, la ira, hasta el

miedo. Sin embargo, a medida que surgían nuevos avances en el mundo de la informática y de la ciencia, cada vez más gente olvidaba recordar a Kipleruncio con mayor frecuencia, pues se creaban sucedáneos que lo suplían con creces —‘realidad’ virtual, robots, *pastís*...—. Así, lo que antes constituía todo un remedio contra esos momentos de desesperación, pasó a ser una difusa sombra en los sueños de algunas noches. Pero todas aquellas veces en que Kipleruncio había sido invocado con tanta fuerza no fueron en vano, pues había ido formándose algo en esas ocasiones, una sustancia, una esencia, un alma que fue tomando forma; el espíritu de Kipleruncio. A fuerza de pensar en él había ido forjándose su imagen inmaterial; por tanto, al tener alma —*era alma*—, podía sentir. No obstante, la gente no suele creer en lo que no puede ver, por eso le fue preciso a Kipleruncio crearse un cuerpo, un cuerpo físico para evitar morir en el olvido de las gentes ingratas. Por supuesto, debía ser un organismo inerte para no interferir voluntariamente en las vidas ajenas; él sólo podía hacer eso si se le llamaba. Nunca podía presentarse en las fantasías por cuenta propia. Porque tenía alma, sí, y más que inerte sería un objeto inactivo, pero, a pesar de todo, era un ser sin voluntad; dependía de los demás. Por sí solo existía únicamente para él mismo. Sobra decir que Kipleruncio sentía —y siente—, pues estaba hecho de los sueños de todos y todos juntos lo habían hecho. Era esencia pura. Decidió adquirir un cuerpo pequeño; la ostentación interfiere ya de por sí en la visión de las personas. Pensó también que debía ser suave, agradable al tacto, para que la gente se sintiera a gusto con él y le mantuvieran vivo con las caricias, con el contacto físico, ya que no le pensaban

más. Y así se metió en este pequeño y tierno peluche Kipleruncio, la esencia de los sueños de grandeza del hombre, de la utopía de sí mismo.

Cuando lo vi en la repisa de la juguetería no fue de paso; sentí que una mirada se clavaba en mí y me giré para ver de quién era. No me cupo duda de que era del minúsculo perrillo que casi no podía verse entre los enormes monigotes de *Tarzán* y amarillentos *Pielines*. *Kipleruncio*, pensé, *yo todavía sueño, así que no debes temer morir del todo*. Así que no me lo quedé, porque no lo necesito. Y no digo que tú lo hagas, que hayas dejado de soñar, pero si alguna vez te flaquean las fuerzas y sientes ganas de desaparecer del mundo consciente, piensa en *Kipleruncio*, cógelo si quieres y alimenta tus propios sueños, aunque tal vez para entonces ya hayas comprendido que las fantasías, las ilusiones, tienen vida por sí solas. No necesitan de nosotros.